

J. Román, Pbro. (Fernán).

Profesor del Seminario Conciliar de Ciudad Rodrigo

D.^a María Adán

Poema breve

leído en la solemne velada que el Seminario Conciliar de Ciudad Rodrigo dedicó a su amadísimo Prelado Don Manuel María Vidal y Boullón el día 1.^o de Enero de 1916.

(Con licencia eclesiástica)



1916

Ciudad Rodrigo: Imp. de Enrique Cuadrado



DSCL

A

2500
101

J. Román, Pbro. (Fernán).

Profesor del Seminario Conciliar de Ciudad Rodrigo

D.^a María Adán

Poema breve

leído en la solemne velada que el Seminario Conciliar de Ciudad Rodrigo dedicó a su amadísimo Prelado Don Manuel María Vidal y Boullón el día 1.º de Enero de 1916.

(Con licencia eclesiástica)



1916

Ciudad Rodrigo: Imp. de Enrique Cuadrado

R. 36333

lit. 37174
C. 1042609

A los buenos hijos

de la muy heroica Ciudad de Ciudad Rodrigo, archivo de nobleza y patria de la hidalguía, ofrece este pequeño poema girón de sus gestas famosas, himno triunfal a sus grandezas pasadas, y canto a sus viejas tradiciones

El Autor

A fin de que el recuerdo santo de sus mayores y el ejemplo de sus hazañas, sirva de estímulo a los hombres de la edad presente, para luchar por nobles ideales cuya realización devuelva a nuestra Ciudad querida la gloria y esplendor de sus tiempos mejores.

DOÑA MARÍA ADÁN

POEMA BREVE

I

LA TRAICIÓN

Era alta noche: rielaba
la luna en el firmamento
y la tierra iluminaba
y medio en sombras dejaba
con su brillo macilento.

Tras blanquecinos girones
de flotantes nubarrones
silenciosas las estrellas,
como celestes tachones,
fulgen inquietas y bellas.

Envuelta en oscuridad
duerme la heróica ciudad,
que fué admiración del mundo
en el sueño más profundo
y en la mayor soledad.

Todo está mudo. A aquella hora
nadie en las calles transita;
sino es alguno que adora
y a la reja, donde mora
su amada, acude a la cita.

Del invierno en el rigor
hace un frío asolador

y de la ciudad el suelo
cubre una alfombra de hielo
de cristalino fulgor.

Sólo el silencio turbando
de aquella noche serena,
se agita el aire bramando
o alguna puerta girando
sobre los gonces resuena.

Pero en la puerta del Conde,
envuelto en negro capuz
se ve un hombre, que se esconde
hacia los rincones donde
no llega la tibia luz,

que en la pequeña capilla
en la muralla labrada
ofrece una lamparilla
a la imagen venerada
de la Virgen sin mancilla.

¿Quièn es él? ¿Qué es lo que otea
hacia la calle tenaz?
¿Por qué su frente golpea,
como el que aparta una idea,
que le asalta pertinaz?

¿Qué espera tan a deshora?
¿Qué pasos son los que ahora
resuenan? ¿Por qué se oculta
aquel hombre y su avizora
vista en las sombras sepulta?

Otros tres enmascarados
hasta los dientes armados
se acercan al que en los muros
espera, como empeñados
en sus proyectos oscuros.

Y en voz grave y misteriosa
entablan conversación,

que se anima borrascosa
con blasfemia vergonzosa
o brutal interjección.

¡Pchis! Callan unos momentos,
y se ponen a escuchar
más azorados que atentos,
pasos muy firmes y lentos
que parecen avanzar.

—Es él—con voz ronca y dura
dice uno.—Sí,—murmura
otro—sí, bien puede ser,
que está la noche muy oscura
y apenas se puede ver.

—Es él, aquí lo tenemos
—otro encapotado brama—
Y—¡Silencio!—el cuarto exclama—
si es que, es él ya lo veremos
de la lámpara a la llama.

Impacientes ya parece
que esperan, cuando altanero
cubierto de ancho sombrero
y encapotado aparece
por la calle un caballero.

Es su marcha acompasada
y noble su continente
bajo su capa azulada
deja ver resplandeciente
su rica y tajante espada.

A sus sueños entregado
marchaba despreocupado,
cuando al llegar a la puerta
del Conde con voz de ¡alerta!
le detiene un embozado.

—¿Quién es?—pregunta al que viene—
—Sancho Pérez—él contesta—

—¡Atrás!

—¿Quién me detiene?

—Más que inquirir os conviene
luchar.

—¡Traición manifiesta!

Garcilópez a traición
me atacáis en negra noche,
por esta villana acción.....

—Escusad vuestro reproche
que no es esta la ocasión.

—¡Villano, sois un traidor!

—¡Atrás!

—¡Paso al Regidor
en nombre de la justicia!

—Sancho Pérez, no es propicia
la noche a vuestro rigor.

—¡Asesino!

—Llegó mi hora.

La espada desenvainad.

—¿Cuatro contra mí?

—Luchad.

—Así, a traición y a deshora
se atreve vuestra maldad.

—Sancho Pérez combatid.

—No me abato a tí, canalla.

—No discutáis o morid.

—No discuto: la batalla
os acepto, aquí venid,

que a todos los cuatro espero
para poder demostrar
que es inútil acechar
a traición a un caballero
siempre dispuesto a luchar.

Dijo: y el muro dejando
atrás y, desenvainando
su acero, los acomete

y a todos cuatro arremete,
sus golpes fieros parando.

Y los aceros chocaron
entre sí con gran furor
y en relámpagos brillaron,
que la noche iluminaron
con sulfúreo resplandor.

¡Cuántos ataques perdidos!
¡Cuántos golpes impensados!
¡Cuántos golpes atrevidos,
al momento detenidos,
al momento castigados!

Y se prolonga el luchar
y se alarga el combatir
sin nunca lograrse herir
y son cuatro en atacar
y uno solo en resistir.

Diríase que los ciega
sin ceder un paso atrás
el ardor de la refriega,
pues cada instante de brega
los exalta más y más.

Don Sancho, como un león
con indomable tesón
contra todos se defiende
y a todos lados atiende,
según pide la ocasión.

Y como toro furioso
sin rendirse a la fatiga
ruge y brinca pavoroso
y con su acero ardoroso
a todos los cuatro hostiga.

Juran unos, otros callan
con anhelosa avidez
y en fiera testadurez

todos luchan y batallan
y se acosan a la vez.

En lid tan dura y miedosa
la muerte misma dudosa
marcha en pos de cada daga
y a todos a un tiempo amaga
y en todos se para ansiosa.

Sancho no cede un momento
y es inútil esperar
el que al empuje violento
de los cuatro falte aliento
a él solo para luchar.

Y llegó otro luchador
y don Sancho le hizo frente
y se lo hiciera a otros veinte
porque con fe y con valor
lucha sereno y valiente.

Febril don Sancho se bate
con indecible presteza
y a todos el pecho late
al compás que del combate
va creciendo la fiereza.

Con rápido resplandor
brillan los hierros, en alto,
amagando al Regidor,
que dando no visto salto,
burla el golpe matador.

Y a todos de nuevo acosa
con creciente intrepidez
y su espada presurosa
agítase fulgurosa
hiere y defiende a la vez.

En aquel combate fiero
nadie cede un paso atrás:
el uno porque altanero,

aunque es solo es caballero
y los cinco por ser más.

Hasta que imposible viendo
derrotarlo en lid leal
infame traición haciendo
gritan, como deteniendo
de otro enemigo el puñal.

—*¡Detente traidor, traidor!*—
y al volverse en derredor
los cinco le acorralaron
y el pecho le traspasaron
con sanguinario furor.

Con cinco heridas mortales
don Sancho se desplomó,
vertiendo sangre a raudales,
que a los mismos desleales
a la frente les saltó.

Y en rugidos de agonía
es fama en Ciudad Rodrigo
que a Dios y a doña María
su esposa sólo pedía
de aquella traición castigo.

Los alevos matadores
ante el cadáver sangriento,
que se agita en estertores
de feroz padecimiento
sienten del remordimiento

la insaciable mordedura
y lleno el pecho de susto
en aquella noche oscura
la espada sangrienta y dura
suelta su puño robusto.

Y huyen todos del herido
y entre las sombras se alejan
y sobre el suelo tendido

en charco de sangre hundido
retorciéndose le dejan.

Allí murió sin testigo
Sancho Pérez y a traición,
que llevó justo castigo
en hazaña que es blasón
de todo Ciudad Rodrigo.



II

EL JURAMENTO

La noble doña María
de Adán estaba apoyada
sobre el alfeizar saliente
de la gótica ventana
de su histórico castillo,
que majestuoso se alzaba,
rodeado de jardines,
donde hoy día se levanta
de la Iglesia de Cerralbo
la grave y hermosa fábrica.

Está nerviosa, febril,
inquieta, sobresaltada
y más hermosa que nunca
envuelta en su toca blanca,
más brillante que la luna
que con su disco de plata
le ciñe entorno una aureola
de claridad ténue y pálida.

No siente el hielo que cae,
ni el frío que la aletarga,
ni el cierzo que rebramando
se cuele por las ventanas,
ni se fija en el relente,
que en los tejados se cuaja
y una alfombra de cristal

teje en las calles y plazas,
porque el fuego de su pecho,
porque el calor de su alma
y el amor de su don Sancho,
que reaviva su tardanza
la tiene ardiendo de pena,
la tiene ardiendo de alarma.

Salió el Regidor don Sancho
como su deber mandaba
a celosa autoridad
a ver vá rondas y guardas
soldados y centinelas
puntuales vigilaban
en los rastrillos del muro
y en las puertas del alcázar.
Y han pasado ya dos horas
dos horas largas, muy largas
y pasa el tiempo pesado
y las horas corren tardas
y cada instante que corre
y cada instante que pasa
a la solícita esposa
martiriza la tardanza.

Porque nunca Sancho Pérez
tanto en las noches tardara,
que al fin la Ciudad no es grande,
y era quel tiempo en que andaba
revuelta en opuestos bandos
y eran duras y enconadas
las envidias y muy grandes
los odios y las venganzas
y los ataques frecuentes
y continuas las celadas
y muchos los desafíos
y las muertes cotidianas.

Por eso doña María
nerviosa y febril no para
y deja de sus doncellas
las entretenidas *fablas*

y a ver si viene su esposo
asómase a la ventana.
¡Cómo sus ojos sedientos
en la oscuridad se clavan!
¡Cómo atentos sus oídos
se aplican a las lejanas
voces con que los serenos
las horas solemnes cantan!
¡Cómo su pecho se agita,
cómo el aliento le falta,
cuando el más ligero ruido
llega del viento en las alas!

¡Ay! ¿será él? ¿Esos rumores
no serán de sus pisadas?
Un desengaño. ¡Se aleja!
¡Ay don Sancho como tarda!..
Nuevo dolor, nueva espera,
nueva animosa esperanza.
Pero don Sancho no viene
y cada instante que tarda
gota a gota va extinguendo
la esperanza de la dama.

Y es en vano que sus dueñas
procuren el apartarla
del alfeizar, donde otea
la oscuridad solitaria;
es en vano que procuren
en su dolor consolarla
con fáciles presunciones
que aquel retraso explicaran;
y es en vano que su Inés,
la bella Inés de su alma
en cuyos ojos de cielo
tantas veces se mirara
con halagos y con súplicas
procure de allí arrancarla
y ponerla junto al fuego,
donde sus dueñas estaban
entorno la chimenea,
que ilumina la amplia sala

de ingentes rachos de leña
con la inquieta llamarada.

Dieron las dos, las tres dieron
y las cuatro en su ventana
escuchó doña María,
de ansiedad y amor estatua.

¿Por qué don Sancho no viene?
¿Por qué tanto se retrasa
aquel amante marido,
cuando anhelantes le aguardan
su esposa e hija queridas,
transida de pena el alma?

Mas ¡ay! ¿qué grupo se acerca
en acompasada marcha,
llevando en una camilla,
cubierto de negra manta
un cadáver y sobre él
cinco sangrientas espadas?
¿Hacia dónde se dirigen?
¿Y por qué así le acompaña
la ronda del Regidor
silenciosa y contristada?

¿Y por qué doña María
abandona su ventana
y con los brazos en alto
y la faz desencajada
a la puerta del castillo
desciende nerviosa y pálida?

La ronda llega al castillo
en sus umbrales se para
y se encuentra frente a frente
con la altiva y triste dama.

—Qué es ésto?—dice—¿qué es ésto?
¿qué me traéis a mi casa?
—Señora—responde el cabo—
que los camilleros manda—

Señora, lo halló la ronda,
que al amanecer pasaba
junto a la puerta del Conde
y a su vera estas espadas.

—¡Sancho Pérez! ¡Sancho mío!,
—grita y ruge la hembra hidalga,
¿No me respondes? ¿qué tienes?
¿Qué es lo que tu lengua trava?
¿La muerte? ¡No, esposo mío,
que yo esprimiré de mi alma
la vida, toda la vida
en tu boca amoratada!

Dijo y quitándole el velo
negro, con qué lo tapan,
loca de amor y de pena,
loca de amor y de rabia,
sus ojos puso en sus ojos,
su cara puso en su cara
y sus labios en sus labios,
rugiendo amor y venganza.

Y luego le desabrocha,
del propio dolor avara,
el colete de felpilla
y el camisón blanco rasga
y sobre el pecho sangriento
se arroja con febril ansia
y las heridas recuenta
una por una contadas
y las besa con delirio,
sin reparar que su cara
se tiñe en sangre preciosa
de las heridas, que lava
una por una con ríos
de vivas y ardientes lágrimas.

Cuando a la fuerza la obligan
a incorporarse, alterada,
vuelve los ojos sedientos
y al hallar las cinco espadas,

que los viles matadores
 junto al cadáver dejaron,
 con la sangre de su esposo
 todavía ensangrentadas,
 las va cogiendo una a una
 y silenciosa y extática
 las contempla ante sus ojos,
 clavando en ellas miradas,
 más agudas que su acero,
 más airadas que su rabia,
 hasta que súbitamente
 de su vista las aparta
 y envueltas en paños de oro
 que las guarden bien encarga.

Y volviéndose hacia el cabo
 que la rondalla comanda
 le pregunta:

—¿Qué habéis hecho
 para la justa venganza
 de la muerte de mi esposo?

—¡Señora!

—¿Calláis?

—Aun nada.

—¿Así que no hay en la cárcel
 todavía ni un canalla
 asesino de don Sancho?

—Señora, esta madrugada
 el cadáver se encontró
 y se pasó la mañana
 en disponer lo preciso
 para traérselo a casa.

—¿Y los reos?

—Descuidad
 ya la justicia trabaja
 en averiguar quien sean
 y cual ha sido la causa
 del suceso.

—De este crimen,
 de esta traición.

—Señora, hasta
 conocer bien los motivos,

el móvil y circunstancias
de esta muerte no es prudente
ni justo calificarla.

— ¡Callad, villano!

— ¿Por qué?

— ¿Añadís a mi desgracia
el agravio?

— Pudo ser
por causa justificada
o bien en defensa propia
o acosados...

— ¡Basta! ¡Basta!

¡Villano, fuera de aquí!
Abandona de mi casa
los umbrales; pero sabe
y en tu memoria bien graba
que Sancho Perez, la flor
de la sangre castellana
ha sido muerto a traición,
como en alto lo declaran
esas que tú me trajiste
cinco sangrientas espadas.

Y sabe que aunque viuda,
de todos abandonada,
para vengar este crimen
el coraje no me falta.

Díselo a los Garcilópez,
ya que serviste en su casa
y acaso vienes mandado
para defender su causa.
Véte de aquí, ruín villano;
pero nó, aun no te vayas,
porque tienes que decirles
a aquellos viles canallas,
miserables asesinos,
que te guardan las espaldas,
lo que en esta casa has visto
y de quien sospechan y hablan.

Mira, fíjate bien, díles

que has visto a una pobre dama,
sobre el cadáver querido
de su esposo desmayada;
pero que también has visto
a doña María la Hidalga,
el corazón triturado,
secos los ojos de lágrimas
y sobre el pecho del muerto
puestas las manos crispadas,
jurando, que, hasta tomar
de los traidores venganza,
nunca comerá a manteles
ni tocas pondrá ni galas;
antes vestida de saco
y la cintura apretada
cinco veces de cordón,
como fueron cinco espadas
y cinco los matadores
del esposo de su alma,
andaré de día y de noche,
siempre pidiendo venganza.

Y díles que acudirè
a la nobleza más alta,
mi hija Inés y mis estados
ofreciéndole al que salga
al palenque en contra suya
y allí en abierta batalla
venza, humille y aniquile
toda su maldita raza.

Y díles que cuando vean
un heraldo por las plazas
y las calles revestido
de negras fúnebres galas,
publicando mis dolores,
divulgando sus infamias,
que se apresten a la lucha,
pues no faltará en España,
un vengador a mi esposo
ni un honrador a una dama,
que en recompensa le ofrece

amor y riquezas tantas.

¡Y ahora, véte, villano!
¡Lejos de aquí! ¡aparta, aparta!
¡Déjame llorar a solas
a mi don Sancho del alma!



III

EL RETO

No habían pasado dos meses de la muerte de don Sancho, ni dos desde que anunciara públicamente un heraldo la heroica resolución, que su esposa había tomado, cuando una hermosa mañana fresca mañana de Marzo, en que el sol, de fuego y oro con fulgores coronado, las oscuras sombras rasga para inundar con sus rayos a la tierra, que entre brumas le ofrece amante regazo, sobre la puerta del Conde, sobre el histórico arco, testigo mudo que fuera del terrible asesinato de Sancho Pérez, escrito con letras rojas un cuadro por dentro y fuera del muro apareciera clavado con este cartel de reto la ciudad alborotando:

*«Don Esteban de Pacheco,
Caballero y fijo d'algo»*

*de Portugal, desafía
a aquellos cinco villanos
que al noble don Sancho Pérez
a traición asesinaron.*

*Y ruega a los regidores
de la Ciudad, busquen campo
y día y hora señalen,
como fuere acostumbrado,
para el sangriento combate
que con impaciencia aguardo.*

*Y si además de los cinco,
que la espada abandonaron
junto al cadáver, hubiera
más cobardes mancillados
con la infame alevosía
de la muerte de don Sancho,
a todos los desafío,
según que fuere su agrado,
si quisieren todos juntos,
si quisieren separados.*

*Y en Dios y Santa María
y en la justicia esperando,
mostraré yo a esos canallas
caballeros mal criados,
que son ellos los culpables
y que siempre estuvo intacto
y sin mengua el nombre limpio
del llorado castellano.
Y sabrá Ciudad Rodrigo
quienes fueron los villanos
y que el dolor de una dama
como su honor es sagrado.»*

La noticia de este reto
y de este cartel bizarro
por la ciudad se extendió,
llevada en rumores varios:
y a enterarse dél corrieron
infanzones e hijosdalgos,

chicos, dueñas y doncellas,
y hasta aliviando su paso,
muchos clérigos y damas,
regidores y soldados.

A ambos lados de la puerta
sendos grupos se formaron,
leyendo el reto arrogante
y haciendo dél comentarios.

Todos hablan del suceso,
todos quieren aclararlo;
y unos a otros preguntan
los pormenores del caso,
y quien sea el retador
y el nombre de los retados.

Y del vulgo la sospecha
con misterioso aparato
unos a otros se dicen,
la verdad entremezclando,
con mil soñadas consejas,
con mil mentidos presagios.

Todos coinciden tan solo
en maldecir con sus labios
a los infames traidores,
que mataron a don Sancho
y en alabar la beldad,
la inocencia y el encanto
de la hermosísima Inés,
que según dijo el heraldo
ofrece doña María
con su hacienda y sus estados
al que venza en noble liza
de su esposo a los sicarios.

¿Pero quiénes fueron estos?
Nadie se atreve a nombrarlos;
aunque por señas se entienden
y a veces, la voz bajando,
los nombres de Garcilópez

se pronuncian con espanto
y miedo a la vez, pues corre
entre el vulgo, como válido,
que tienen por las esquinas
esparcidos emisarios
para saber qué se dice
entre el pueblo alborotado.

Y son en Ciudad Rodrigo
y en todo su extenso campo
por su soberbia insultante,
por sus crímenes nefandos,
por sus terribles venganzas,
por sus públicos agravios
temidos de los pequeños
y de los grandes odiados.

Pero lo que al pueblo tiene
más nervioso y alterado
es el noble caballero,
es el portugués gallardo,
que el rojo cartel de reto
allí poner ha mandado.

Y todo son conjeturas
con el supuesto más vario,
que, dejando a todos dudas,
ofrece a las lenguas pasto.
Quien dice que el retador
es un noble disfrazado
de la Ciudad, porque quiere
librarla de sus tiranos;
quien dice que en Portugal
ha conocido y tratado
al don Esteban Pacheco,
que por su honradez y trato
y valor es el espejo
de caballeros e hidalgos.

Otros dicen que es galán
discreto y enamorado,
del cual elogian las prendas

y valor con entusiasmo
y hasta quien dice lo ha visto
en el jardín de don Sancho
con la hermosa doña Inés
por una ventana hablando
y aseguran vencerá
en la liza y que, la mano
de la huérfana obteniendo,
gobernará sus estados.

Pero, lector, si tu quieres
dejar del vulgo los vanos
decires, vénte conmigo
y verás a nuestro hidalgo
en el jardín de la casa
de doña Inés cortejando.



IV

A LA REJA

Por las arenosas calles
del jardín un caballero
más nervioso que altanero
al castillo se acercó
y con la mano llamando
en la cerrada ventana,
a la linda castellana
esperando se sentó.

Era su talle bizarro,
apuesto su continente,
altiva y tersa su frente,
morena y bella su faz;
y aunque viene revestido
con su brillante armadura,
todo en su esbelta apostura
denota tranquilidad.

Únicamente parece
que su corazón se agita
y la sangre precipita
cada vez con más ardor,
cuando dentro del castillo
se escucha el rumor más leve,
por si fuera del pie breve
de la mujer que es su amor.

Y sentado en aquel poyo,
en aquel poyo de piedra,
alfombrado por la yedra
con su verdoso tapiz,
a la hermosa Inés espera
con inquietud más nerviosa,
que la que su alma ardorosa
sintió en la más fiera lid.

Alza a veces gravemente
su mirada oscura y bella
en pos de luciente estrella,
que brilla y huye fugaz.
Y al ver como desaparece
por el horizonte oscuro,
un gesto penoso y duro
enturbia su noble faz.

Otras veces a escuchar
se pone el blando murmullo,
que produce el suave arrullo
del céfiro en el verjel;
o se fija distraído
de toda cualquier idea,
viendo como se cimbrea
la alta copa de un laurel.

O quiza con su brillante
tizona escribe en la tierra
un nombre de amor y guerra,
que repite con pasión,
luego inconsciente lo borra
para volver a grabarlo
y volver a pronunciarlo
siempre con nueva emoción.

Hasta que ya por ventura
de esperar algo impaciente
se levantó y suavemente
volvió al castillo a llamar,
y entonces se oyeron pasos
y el chirrido de un cerrojo

y por las rendijas rojo
resplandor se vió brillar.

Y se abrieron las maderas,
como abriría una rosa
su capullo y flor hermosa
apareció doña Inés.
La luna rinde sus rayos
a la belleza en tributo
y entre sus tocas de luto,
la luz la hiere a través.

¡Cuán hermosa está y cuán triste
la hija del asesinado
con su rostro delicado
de macilento color!...
¡Cómo brilla de la luna
a la claridad primera
aquel semblante de cera
matizado de rubor!

Don Esteban de Pacheco
como nunca interesante
contemplóla un breve instante
con embarazoso afán
y la hermosa contristada,
al verse de él frente a frente,
hervir en su pecho siente
de sentimiento un volcán.

Y emoción irresistible
las lenguas a ambos detiene
y hasta el respirar contiene
a la joven y al doncel
y mudas lágrimas saltan
de los ojos de la hermosa,
que se enjuga presurosa,
por no contristarle a él.

—¿Lloráis?—Por fin el Pacheco
atrevióse a preguntar,
y ella con acento seco

respondió—¿No he de llorar?.

«Hace tres meses cabales
que no os había vuelto a ver,
tres meses más que mortales
de indecible padecer.

»Tres meses que en nuestro honor
ultrajadas nos veíamos
y a nadie al lado teníamos
para aliviar el dolor.

»Tres meses ¡ay! de tormento,
tres meses ¡ay! de agonía,
luchando de noche y día
con el recuerdo sangriento.

»Tres meses viendo llorar
a mi madre sin consuelo,
acostándose en el suelo
sin comer ni descansar.

»Tres meses sorbiendo hiel
vestida de jerga dura
y oprimiendo su cintura
cinco vueltas de cordel.

»Tres meses en que mi madre
me había ofrecido a cualquiera
que la muerte de mi padre
vengase en batalla fiera.

»Tres meses de ansia cruel
confiando en que mi amor
me daría un vengador
y sin saber nada de él.

»Tres meses de ansia mortal,
siempre a Pacheco llamando,
siempre a Pacheco esperando
y Pacheco en Portugal.

¿No es razón para llorar?»
—Doña Inés, por vida

razón de sobra tenía,
yo lo debo confesar.

Pero culpa mía no ha sido
el que, cumpliendo la ley,
me hubiera a combatir ido
por mi Dios y por mi Rey.

Ya estoy aquí: No lloréis,
que ya sobre la muralla
mi cartel de reto se halla
y en mí vengador tendréis.

—¡Don Esteban, Dios lo quiera!
—No lo dudéis El lo quiere,
que a una dama nadie hiere
sin castigo.

—¡Si así fuera!...

—Yo brazo de Dios seré
y yo seré su castigo
y a ese infame enemigo
en recia lid venceré.

Y de don Sancho el honor
ha de quedar tan brillante,
como es sublime y radiante
vuestra belleza y candor.

—¡Don Esteban!

—¡Doña Inés!

—¡Cuánto he anhelado este día!

—¡Cuánto sufrió el alma mía
cuando un noble portugués

Dijo, acercándose a mí,
al asaltar los adarbes
de un castillo en los Algarbes
del Califa Ixén Zegrí:

«Haced, Pacheco, cuidado,
»que no os hiera el enemigo,
»porque el amor ultrajado
»os llama a Ciudad Rodrigo».

Desde aquel día ha que me hallo
siempre como un torbellino,
siempre corriendo sin tino
sin bajar de mi caballo.

Y mucho más al saber
que vuestra madre ofreciera
al que vengado la hiciera
no sus estados y haber,

que en eso yo no he pensado;
sino a vos por recompensa
a vos, de amor fuente inmensa,
a mi solo destinado.

Por esto, al volver a veros,
no domino la ansiedad
sin saber que en la Ciudad
mis retos son los primeros.

Decidme, pues, si es que ha habido
alguien que en ausencia mía
a vos o a doña María
haya su espada ofrecido.

—Nadie ha podido atreverse.
—¿Ni vuestra madre lo ha hablado?
—¡Mi madre! Encerrada ha estado
sin dejar de nadie verse.

—¡Soy feliz!
—En vos ponemos
nuestro honor y nuestra gloria
— El cielo nos de victoria.
—Todos se lo pediremos.

—Vuestras palabras me alientan.
—En vos tan solo confío.
—Pues con vos me sobra brío
para borrar tanta afrenta.

Y podrá doña María

en la Ciudad otra vez
ver honrada su hidalguía
a pesar de su viudez.

Y gozar de que revive
en nosotros de su esposo
el linaje generoso
y nueva gloria recibe.

—¡Oh que sueños!...

—Doña Inés,

No son sueños, yo lo juro
vuestrs contrarios, seguro,
de humillar a vuestros pies.

—¡Sí, venceréis!

—¡Cómo no!

—Pues porque queden vengadas
llevad estas cinco espadas,
que mi madre me entregó

Las daréis al Regidor
del palenque para ver,
si a volverlas a coger
aún se atreve algún traidor.

Y con ellas a luchar
a los cinco obligaréis
y a los cinco venceréis
porque deben de quemar,

al empuñarlas la mano,
pues tienen la hoja teñida
con la sangre enardecida
del más noble castellano.

—¡Ah doña Ines! El calor
de vuestra ardiente palabra
en mi ser fogoso labra
con entusiástico ardor.

Y ya en el combate ansiado,



segun sueña mi deseo,
luchar y vencer me veo,
a vos teniéndoos al lado.

Esas espadas traed,
que sus dueños su traición
han de pagar con baldón
todos juntos a la vez.

—Don Esteban, aquí están;
pero mirad que os entrego
unas reliquias, que luego
me volveréis como van.

—Gracias, señora.
—Partid
a luchar con fe y valor,
no olvidéis que nuestro honor
se disputa en esa lid.

—Ese pensamiento honroso
mi conciencia torturara,
si por vos no confiara
volver pronto victorioso.

—¡Pues, valor!
—No me olvidéis.
—No os olvido.
—Siendo así
en el mundo no hallaréis
enemigos para mí.

Y ya me voy satisfecho,
mi nombre en vuestra memoria,
mi pensamiento en la gloria
y la esperanza en el pecho.

—Adios, doña Inés.
—Con vos
se va toda mi esperanza.
—Para mi justa venganza
su ayuda nos preste Dios.

V

EL COMBATE

El campo de San Francisco,
palenque de los torneos,
y plaza de los mercados,
y salón de los festejos
del pueblo de don Rodrigo,
de este honrado y noble pueblo
más que nunca hierve en gente
y más que nunca está lleno
de damas aristocráticas
y de nobles caballeros,
de hacendados, labradores,
menstrales y pecheros.

Todo espectación y júbilo
todo bullicio y contento
Miróbriga era aquel día
de inolvidables recuerdos.
Lucen las damas sus trajes,
sus peinados y aderezos,
la elegancia y hermosura
de sus rostros y sus cuerpos
en palenque recamado
de brillante terciopelo
y adornado con guirnaldas
de mil colores diversos,
de flores y de follaje
sobre tapices flamencos.

Y entorno de todo el campo,
formando círculo inmenso,
hay palenques y tribunas
llenas de incógnito pueblo,
bullicioso, abigarrado
y a la vez con ansia y miedo
de presenciar el combate,
que ha de ser final sangriento
de la célebre tragedia,
a que en negra noche dieron
principio los Garcilópez
con sus traidores aceros.

En lo más alto del campo,
con lujo y ornato regios,
para alcaldes, regidores,
magnates y caballeros,
que jueces son de estas lizas,
según usanzas y fueros
de la época y la ciudad
está el estrado dispuesto.
Corónalo un gran dosel
de hermoso tisú arabesco
y en él resaltan bordadas
en fondo color de fuego
con plata y oro que dan
centelleantes reflejos
las armas de nuestros reyes
y las columnas del pueblo.

Dos heraldos a su lado
con dalmáticas de fuego
y oro sostienen al aire
dos estandartes soberbios
y en ellos con letras rojas
de don Esteban los retos.
Y en medio sobre un cojín,
forrado de raso negro,
las cinco espadas están,
que a Sancho Pérez hirieron,
su agudo filo aun mostrando
de negra sangre cubierto.

¡Qué inquietud! ¡qué espectación
se nota en aquel inmenso
campo de espigas humanas,
que agita un mismo deseo,
como las mieses agita
cimbreándolas el viento!..

El agudo clarín de los heraldos
rasgó con su clamor súbito el viento
y cascadas de aplausos y de voces
triumfantes por el aire se extendieron.

Era señal de que llegaba al campo,
montado en un overo del desierto,
que mide a brincos, la movable arena
el noble don Esteban de Pacheco.

Llegaba el portugués de áurea armadura,
que daba al sol brillantes reverberos,
el cuerpo guarnecido y la cabeza
arrogante tocada con el hielmo,
sobre cuya cimera flameaba
un negro brillantísimo plumero.

A poco más de un cuerpo de caballo
caminan en pos dél cinco escuderos
de membruda y gigante contextura,
que cabalgan bridones extremeños,
llevándole las armas de combate,
que hoy habrán de ganar lauros eternos.

Don Esteban Pacheco hasta el estrado
de los jueces llegó con paso lento
y, a todos saludando, presentóles
franco homenaje de lealtad y afecto.

Después pidió a los jueces que leyera,
como lo hizo en voz alta un pregonero,
porque mejor de todos se entendiera
su cartel retador, y unos momentos
acariciando el puño de su espada,
mientras templaba a su trotón el freno
en medio de la plaza absorta y muda
a sus contrarios esperó sereno.

No esperó mucho espacio, que a caballo
el mayor Garcilópez, como el viento,
en carrera veloz llegó a la plaza
entre murmullos, que acallaba el miedo
y el campo atravesando audaz y altivo
a los jueces rindió su acatamiento
y mandando apartarse a los criados,
que en andaluces potros le siguieron,
inflamado de rabia y de vergüenza
al conocerlo requirió su acero,
aquel acero con que a Sancho Pérez
en noche aciaga le pasara el pecho
y se arroja al galope como un rayo,
buscando a don Esteban de Pacheco.

No esperó el portugués a que llegase
el Garcilópez de coraje ciego
y, aplicando al caballo las espuelas,
se lanza ligerísimo a su encuentro
y después de burlar el primer golpe
de pretal a pretal, de furia ardiendo,
dánse mil estocadas, que detienen
con sus rodelas ágiles a tiempo.

Pifian los potros al sentirse heridos
del acicate a un tiempo que del freno
y encabritados a la lid se arrojan,
como henchidos del odio de sus dueños.

Se apartan un momento fatigados,
para hacer el empuje más violento
y chocan nuevamente las espadas
y vibran en el aire los aceros,
que suenan, resbalando por las cotas,
después de dar sus golpes en los hielos.

Mas roja exalación brilló de súbito
la formidable espada de Pacheco
y rápida se hundió, de Garcilópez
de parte a parte atravesando el pecho.

Soltó las bridas del caballo al punto,
soltó su diestra el vengativo hierro
y la mano llevándose a la herida,

un arroyo sintió brotar ardiendo
de sangre y luego núblanse sus ojos
de eterna noche con los negros velos
y sonando el metal de su armadura
en medio el campo desplomóse muerto.

Bajóse el triunfador de su caballo
y del vencido el arma recogiendo,
mandó que a doña Inés se lo llevasen,
de su victoria por primer trofeo.

Los parientes y amigos del difunto,
llenos de pesadumbre y de despecho,
el cadáver retiran de la plaza,
del pueblo todo en el mayor silencio.

Humeaba aún la sangre de su hermano,
espumosa filtrándose en el suelo,
cuando salió el segundo Garcilópez
al cartel de Pacheco respondiendo.

Viene de todas armas guarnecido
con riqueza y ornato casi regios,
seguido de escuderos y de amigos,
que le auguran el triunfo más completo
y cabalga un overo ligerísimo
de planta hermosa y acerados miembros.

Saludando a los jueces más altivo
que cortés, y rendido a su respeto,
toma su espada del cojín de seda
a cuya vista se conmueve trémulo;
pero luego insensible rechazando
de su mente el feroz remordimiento,
rasgó con las espuelas los hijares
del noble bruto y se lanzó derecho,
la espada en alto y la rodela al brazo
del portugués bizarro hacia el encuentro.

Espérale Pacheco, confiado
de su potro en los leves movimientos,
y de un bote líbrase de su alcance
y burlado dejó al contrario fiero.

Volvió grupas confuso Garcilópez,

su enojo redoblando y su denuedo,
y a todo galopar vuelve al ataque
y vuelve a ser burlado por Pacheco.

Rumor de aprobación surge en el público
y Garcilópez, lleno de despecho,
rabioso de coraje ante esta afrenta,
castigó en su caballo el desacierto
del torpe luchador, que al resentirse
desgarrar los hijares por el hierro,
frenético se lanza a la carrera
sin ceder de las bridas al gobierno.

El bravo portugués lo contemplaba
en inútil correr gastar su esfuerzo,
entanto que él mimaba a su caballo,
su nombre cariñoso repitiendo.

Del áspero bridón don Garcilópez
pudo al fin dominar el rauda vértigo
y cansado, anhelante, sudoroso,
por las narices arrojando fuego,
lo conduce de nuevo a la pelea,
donde lo espera el ínclito Pacheco.

Chocaron con furor ambos caballos
sonaron al herirse ambos aceros
con metálico son y Garcilópez
sintió fallar su potro del encuentro
y vióse por la tierra confundido
en un montón caballo y caballero.

Dejó el hidalgo al punto su montura
y también su corcel dejó Pacheco
y trámase pie a pie rudo combate
que atónito presencia todo el pueblo.

A cada golpe que Pacheco avanza
ofrece Garcilópez quite diestro,
y a cada ataque audaz del castellano
responde el portugués con otro nuevo.

Con difícil aliento combatían
aumentando el coraje por momentos
y resuenan los golpes y estocadas

encima las corazas y los yelmos.

Hábil el Garcilópez de un mandoble arrebató a Pacheco su plumero del casco, cuyas plumas alfombrara el campo con su negro terciopelo.

Rabioso el portugués de aquél agravio, cuando aun sus plumas arrebatara el viento, se lanza a Garcilópez y de un golpe la hermosa testa le arrancó del cuello.

Un grito de pavor y otro de triunfo llenó los aires de sonantes ecos, al vencedor magnífico aclamando, que tranquilo la espada requiriendo del degollado, la mandó a su dama con mensajes del próspero suceso.

El tercer Garcilópez, cuando advierte la muerte de su hermano en rabia ardiendo se arroja a la palestra, amenazando al noble vencedor con sus denuestos.

No rindió a los alcaides pleitesía, ni esperó a que le trajera un escudero su fogoso caballo de batalla; antes pídiera a uno de sus deudos, le llevase el caballo de su hermano que vagaba en el campo libre y suelto y recabando luego su tizona a la lucha partió de enojo lleno.

Siempre el tercero fué en los Garcilópez de todos los hermanos el más diestro en las armas, de más gentil presencia y más fornidos y nervudos miembros.

Maneja sabiamente su caballo y reserva cuidadoso sus arrestos para el instante crítico de lucha, que prepára con ágiles esfuerzos.

El portugués requiere su caballo, la crin le atusa del carnoso cuello, y montando de un brinco se dispone

a proseguir la lucha con denuedo.

Pacheco reconoce en su contrario
armas y ardid de luchador experto
y no espera un instante sus ataques
intentando veloz descomponerlo.

¡Inútil presunción! El Garcilópez
supo muy bien burlar el choque fiero
y arremetió a su vez y por la espalda
al portugués que revolvió ligero
su potro haciendo frente al castellano
parando y atacando a un mismo tiempo.

¡Cuánto heroico luchar! ¡Cuántos sudores!
¡Cuántos golpes de muerte allí se dieron
que hubieran acabado la batalla,
si no fueran parados y devueltos!

En vano Garcilópez, abusando
de su fuerza mayor y su sosiego,
intenta fatigar al lusitano
con incesantes rápidos encuentros.

De nada le sirvió. Desesperado
viendo frustrados sus intentos,
un mandoble le manda a la cabeza,
que hubiera dado con Pacheco al suelo,
si no retira su corcel de un bote,
para lanzarse rápido y violento
y el corazón pasar a su adversario,
que en el instante desplomóse yerto.

Enorme aclamación, gritos de triunfo
resonaron entonces en el ruedo
y vivas mil en todas partes surgen
al bravo don Esteban de Pacheco,
al noble vengador de Sancho Pérez,
y al honrador de damas siempre intrépido.

También a este vencido la tizona
arranca de las manos al momento
y ordena que la lleven al castillo
donde su amada espera sin sosiego.

Y luego en su caballo se dirige
do los jueces están y allí sereno
la llegada de nuevos combatientes
se dispone a esperar firme y resuelto.

Espera inútil. Léa mientras tanto
un pregonero su cartel de reto
y no saliendo nuevos adversarios
quedóse el portugués del campo dueño,
entre gritos clamorosos de victoria
que llegaban al alto firmamento.

Tranquilo el vencedor las dos espadas,
que abandonaron sus cobardes dueños,
recogió del cojín, donde yacían
y a ver a doña Inés partió ligero,
a rendir a sus pies de la victoria
el honor, los laureles y trofeos.



VI

CONCLUSIÓN

La noble doña Inès con el Pacheco
unióse en santa indisoluble unión,
que a la gloriosa Casa de Cerralbo
sangre y origen generosos dió.

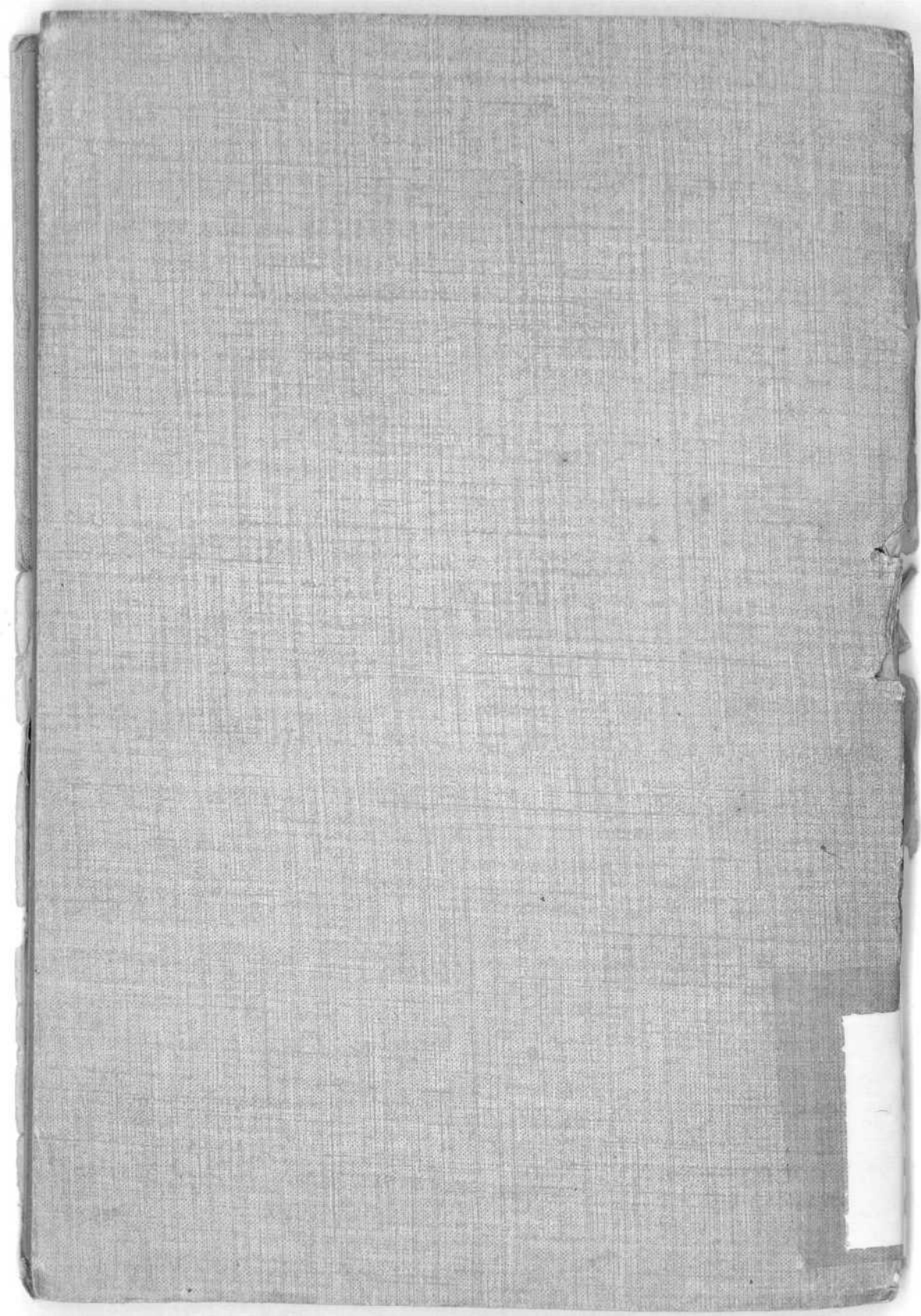
Y la heróica viuda hasta su muerte
cumplió su juramento con fervor,
vistiendo siempre un hábito de jerga
atado con dos vueltas de cordón
como fueron tambien dos Garcilópez
los que huyeron el hierro vengador.

Y aún en nuestros días de esta hazaña
monumento e histórico blasón,
se ve en el monasterio derruido,
que «Caridad» un tiempo se llamó,
la escultura yacente de la viuda
con su saco y dos vueltas de cordón.

A. M. D. G.









GILFILLAN'S

1820